



RANI MANICKA

# *Hermanas de la tierra*

Por la autora de  
*Madre del Arroz*



**Hermanas de la tierra**  
**Rani Manicka**

Traducción de  
Encarna Quijada

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Índice

Hermanas de la tierra

LOS JUGADORES

LAS GEMELAS

NUTAN

ZEENAT

NUTAN

RICKY DELGADO

RICKY

FRANCESCA SABELLA

FRANCESCA

ELIZABETH MILLER

ELIZABETH

ANIS RAMJI

ANIS

BRUCE ARNOLD

BRUCE

EL TEMPLO DE LA ARAÑA

LOS JUEGOS

ABRIL DE 2000

MAYO DE 2000

JUNIO DE 2000

JULIO DE 2000

AGOSTO DE 2000

SEPTIEMBRE DE 2000

OCTUBRE DE 2000

NOVIEMBRE DE 2000

DICIEMBRE DE 2000

ENERO DE 2001

AGRADECIMIENTOS

Notas

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

*Para Girolamo Avello,  
que me habló de un hombre llamado Ricky,  
y Sue Fletcher, que echó su precioso aliento  
sobre este libro y lo hizo vivir*

La mujer estiró el cuello y aulló como un lobo. Se mesó los cabellos hasta que sus puños se llenaron de mechones arrancados. Con esos mismos puños golpeó la tierra apagada. Ay, ay, el joven estaba muerto. De pronto se levantó de un salto, con mirada salvaje. «No le toquéis hasta que vuelva», ordenó, y corrió hasta el árbol bodhi para echarse a los pies del buda. «Oh, tú, el iluminado —lloró—. Mi hijo está muerto. Si de verdad eres el maestro, devuélvele la vida.» El buda abrió los ojos. Quizá quería hablarle de la inevitabilidad del nacimiento y la muerte para los no iluminados, pero debió de ver el polvo de los sueños en los ojos de la mujer, así que le dijo: «Sigue adelante y tráeme un puñado de grano de una casa que la muerte no haya visitado y te devolveré a tu hijo». Llena de gratitud y alegría, ella hizo varias reverencias antes de iniciar la búsqueda. Buscó y buscó...

# LOS JUGADORES



*Obsérvalos con atención. No todos son de fiar;  
incluso es posible que un par de ellos sean fantasmas*

# LAS GEMELAS



## NUTAN

El alba despuntaba sobre las colinas cuando abrí las minúsculas puertas de madera de nuestro altar ancestral. En el interior coloqué unos fruteros con hojas de coco, flores y dulces. Entre los árboles, los arbustos y la vegetación, todo estaba en silencio. Encendí unas barritas de incienso. Cerré los ojos en aquel lugar fresco y fragante y uní las palmas de mis manos... el mundo desapareció. Habría podido permanecer así durante una hora de no ser porque de pronto oí unas risas infantiles del otro lado de los muros del jardín. Durante un instante, ella resplandeció en aquel sonido. Desperté.

No era ella. Por supuesto que no.

Permanecí inmóvil, mirándome las manos cruzadas. Tenía los nudillos blancos. No podía ser ella... pero allí estaba yo, aferrándome a la tierra endurecida, trepando por el muro, buscando instintivamente los familiares huecos para apoyar los pies entre la piedra irregular. Las vi desde lo alto del muro. Eran dos niñas; no tendrían más de cuatro o cinco años, y estaban deslumbrantes con sus vestidos de baile y los grandes gorros de pan de oro finamente trabajados que se balanceaban y resplandecían bajo el sol de la mañana. Al pasar ante la verja de entrada a nuestra casa sus pies desnudos pisaron las cáscaras de las bayas que las ardillas habían dejado caer por la noche. Luego volvieron la esquina y desaparecieron.

Me aupé al borde del muro y me senté, sin pensar, acariciando con los dedos el musgo aterciopelado que tapizaba las piedras, con los ojos puestos en unas minúsculas criaturas que se escabulleron por una grieta del muro, y de pronto el pasado regresó. Inocente, no derrotado aún por el día en que me desplomé sobre el sucio



suelo de un piso miserable de Londres y morí, rodeada de extranjeros indiferentes.

Miré ese pasado, hechizada. Un pasado completamente ajeno a cualquier sentimiento de pérdida. Éramos tan extraordinarias... Un sol fundido se estaba poniendo, y mi hermana y yo bailábamos al compás del instrumento de cuerda de madre, el *sape*. Con su deforme pierna derecha bajo los glúteos y la otra doblada contra su cuerpo esbelto, Ibu, nuestra madre, tenía una belleza que se le negaba durante el día, cuando tenía que permanecer de pie y caminar.

También vi a padre, con su pelo largo y todavía negro, sujeto en el moñete de cura, en cuclillas junto a una hilera de jaulas con forma de campana. Con todo el cariño del mundo, alimentaba con grano a sus gallos de pelea. Era titiritero, y un hábil ventrílocuo. En realidad tenía cierto renombre. Sus espectáculos estaban tan solicitados que con frecuencia se ausentaba durante largas temporadas para viajar de pueblo en pueblo y actuar con sus aproximadamente doscientas marionetas de cuero. En aquel entonces yo estaba muy orgullosa de él. Sin embargo, en la burbuja centelleante, a quien vi con mayor claridad fue a Nenek, la abuela. Estaba sentada en los escalones de su pabellón. Sus insondables ojos negros medio apagados y sin embargo atentos observaban a través del humo gris y lechoso que se desprendía de sus cigarrillos de clavo.

Ah, el pasado, ese cuento de hadas encantado e inofensivo...

Algunas lágrimas cayeron sobre mis brazos. Las toqué. Lágrimas que brotaban de un pozo de pesar. Si pudiera tocar el pasado. Cogerlo. Lo había destrozado innecesariamente. Qué inconsciente. Qué grande había sido mi descuido. Y ahora mira lo que queda del ayer.

El sol se había levantado sobre las colinas. Una rana verde y gris brincó entre unos plátanos, y yo bajé del muro de un salto, inquieta. Sí, te lo contaré todo, pero no ahora. No en este jardín de coloridas flores y árboles que se inclinan bajo el peso de racimos de fruta madura. Se me acusaría de mirar hacia el pasado con sentimen-

talismo. No, debo contar mi historia en el templo de los muertos. Allí se me perdonará; la transitoriedad se da por supuesta. No está lejos, y es un lugar maravilloso donde el tiempo deja de existir. Sus verjas tienen intrincados grabados, y están guardadas día y noche por gigantescas figuras de piedra volcánica.

Pero espera, si te lo cuento todo, si no me dejo nada y tus viajes te traen algún día a mi isla paradisíaca, ¿me prometes que si ves mi figura triste, con mi sarong, no pronunciarás nunca mi nombre? Porque tu mirada de reconocimiento me haría daño, como un excremento en una flor, haría que se levantara el dedo acusador y la vergüenza, oh, Dios, tanta vergüenza... ¡Cómo hablaría la gente!

Porque, verás, en el paraíso, un nombre caído en desgracia tiembla sin remedio. Hay que hacer lo imposible para defender una reputación. Por supuesto, a estas alturas a mí ya no me preocupa demasiado, pero tengo que pensar en los demás miembros de la familia, tengo que protegerlos.

Ven; cuando dejemos atrás el mercadillo del centro del pueblo lo verás.

Ya hemos llegado. Mira. ¿No te había dicho qué maravillosa es la entrada del templo? Quítate los zapatos. Incluso a esta hora, las losas del suelo ya estarán tibias. Un perro nunca pondría los pies aquí, pero los gatos van y vienen como si estuvieran en su casa. Cuando éramos pequeñas veníamos a menudo, atraídas por su misterioso silencio. Mortales entre los dioses. Calladas, a causa de cierta ansiedad, recorríamos de puntillas pasillos bordeados por estatuas de tamaño natural de demonios con miradas grotescas y lascivas, con unas lenguas que les llegaban al ombligo. En cambio, ahora que soy mayor, se aparecen en mi mente como seres benignos, sonrientes y genuinos. La mortalidad es un juego.

Ven. Nos sentaremos aquí, que da el sol; así, cuando la desilusión resulte demasiado dolorosa, nuestros ojos podrán descansar en el esplendor del árbol de fuego en flor que hay allí. Acércate y coge mi mano, pero no olvides tu promesa.

Nací hace veinticuatro años en este remoto pueblecito. Los bali-

neses creen que cada niño es un regalo de los cielos, y a mi hermana y a mí se nos consideró el regalo más preciado de todos. Gemelas idénticas. Nos idolatraban de tal manera que durante nuestros primeros meses de vida estuvimos permanentemente en contacto físico con Nenek o con Ibu, para que nuestros cuerpos no tocaran la tierra impura. Después, se hizo todo lo posible para que despertáramos a un mundo maravilloso.

Mi hermana y yo nos criamos recibiendo constantes besos en el pelo y con el nutritivo calostro de las vacas cuajado en una sartén con caramelo. Bebíamos limonada hecha con agua de lluvia y con limas que Nenek había trabajado con sus anchos pies para suavizar y realzar el sabor. Y, puesto que también tenemos la creencia de que la conexión de un niño con su cuerpo y con este mundo material es algo muy frágil, no hubo ni una sola ocasión en que se nos golpeará o tan siquiera se nos reprendiera.

¿Por qué entonces en esa época de deleite despertaba de sueños confusos y me encontraba ante una realidad que solo existía en la risa malvada de los animales nocturnos y en el sonido de las raíces de los árboles que se estiran para llegar al agua? Con un rumor ridículo e insistente que iba de una habitación a otra... «Son todo mentiras... Son todo mentiras...». ¿Por qué a veces parecía que mi hermana y yo éramos las invitadas de unos anfitriones benevolentes? Que Nenek, Ibu y padre tenían un secreto que todos conspiraban por ocultar. Fue una pena que no supieran que en el paraíso no se debe mentir. Que las mentiras lo destrozan todo en su afán por liberarse.

Supongo que debería iniciar mi historia con padre, el maestro titiritero, con su espectáculo de sombras chinescas. Un hombre de incomparable talento con dedos como serpientes en movimiento. Se sentaba en una esterilla colocada ante una lámpara de aceite de coco y, sujetando un martillo de madera entre los dedos de su pie derecho, marcaba un ritmo, toc toc. Era la señal que esperaban los músicos. Un delicado sonido llenaba la habitación mientras cogía una marioneta muerta de una caja con forma de ataúd. En el lienzo

temblaba una silueta delicada, luego se distorsionaba, porque él la acercaba y la alejaba de la trémula llama. Entonces, de pronto, se detenía y quedaba inmóvil en medio del lienzo.

Cuando terminaba de recitar sus mantras mágicos y empezaba a manipular sus miembros articulados, un bonito conjuro había sido lanzado y todas las pequeñas marionetas habían cobrado vida. Sus fantásticas aventuras nunca terminaban antes del amanecer. Con cuánto orgullo nos sentábamos nosotras entre el público, con dolor de barriga de tanto reír y las lágrimas cayéndonos por el rostro. Luego íbamos a arrodillarnos ante él. Nos bendecía con una protección mágica salpicándonos con agua bendita, y apretaba granos húmedos de arroz contra nuestra frente, sienes y garganta.

Oh, padre, padre... ¿cómo pudiste?

Sin nosotras saberlo, el maestro titiritero había sujetado unos cordeles invisibles a nuestros cuerpos y, a hurtadillas, enviaba su voz a nuestras bocas mientras nos hacía ir hacia aquí o hacia allá. Fue él quien acarrió la pena sobre nuestra casa.

En mi mente mi padre sigue siendo realmente guapo, con las cejas largas y curvas, el puente de la nariz alto, pero también lo recuerdo como un hombre misterioso, solapado y distante. Bajo su fino bigote, las comisuras de sus labios se curvaban con cautela en una sonrisa educada y digna. Era un hombre comedido y cuidadoso en todos sus movimientos. Salvo por la orquídea negra y amarilla que llevaba a veces detrás de la oreja, vestía con sencillez, siempre de negro. Sus maneras eran suaves, sí, pero ¿qué había detrás de la máscara?

—Os quiere tanto... —solía decirnos Ibu a mi hermana y a mí.

Pero yo conocía un secreto que ella ignoraba. Mi padre solo quería a mi hermana. Quizá porque había adivinado que ella necesitaba su aprecio más que yo. O, más probablemente, porque con mi mandíbula apretada yo me parecía demasiado a Nenek. Demasiado indómita y descarada para su gusto. Yo intuía este rechazo apenas disimulado en todo su ser: en las rodillas muy juntas, en la curva implacable de su cuello estrecho, en las medias sonrisas que ponía

cuando miraba en mi dirección y en sus bellos ojos, decididos y solapados. Pero ese no era el secreto. El verdadero secreto es que no me importaba. La única persona cuyo amor he buscado en mi vida era Ibu. Lo único que yo ansiaba en el mundo era que sus ojos brillantes me miraran con adulación. Con esa misma luz aterciopelada con que miraban a mi padre. Mi madre me parecía el alma más maravillosa, bella e inteligente del mundo. Yo quería ser como ella. En mi recuerdo conservo intactos fragmentos de conversaciones en las que se mostraba como una mujer brillante y audaz.

Pero mi memoria me engaña. Porque mi madre era una criatura reservada, frágil, tullida. No se la podría considerar hermosa desde ningún punto de vista, pero había en ella dos rasgos destacables. Uno era su espectacular melena negra hasta la rodilla, que siempre llevaba en un perfecto moño perfumado y liso en la nuca. El otro era su piel inusualmente clara. Ese tono fantasmal lo debía al hecho de que nunca había puesto los pies fuera de la casa a causa de la debilidad de su corazón.

Nació con un soplo en el corazón. En el regazo de Nenek tardó seis horas en vaciar un biberón. Los médicos menearon la cabeza y dijeron que no llegaría a adulta. Pero Nenek apretó a mi madre contra su pecho, escupió en el suelo desinfectado y maldijo: «Lo que vuestras bocas han arrojado contra mí, que lo sufran vuestros hijos». Volvió a casa rígida de determinación. ¿Acaso no descendía de una larga e ilustre línea de hombres de medicina?

Su hija viviría. No habría cosa a la que no se atreviera, sacrificio que no estuviera dispuesta a hacer por aquella vida endeble que había traído al mundo.

Recuerdo muchas malas noches cuando era pequeña, noches en que los oscuros vientos aullaban por el valle y después se volvían inquietos y subían las laderas de la montaña como lobos ansiosos. Impacientes porque mi madre dejara de respirar de aquella manera. Yo veía su figura encogida en el fino colchón, en el suelo, demasiado delicada para que nadie pudiera ayudarla, y quería acariciarla, reconfortarla, pero no me atrevía.

Esa es la imagen que tengo del miedo. Una habitación escasamente iluminada, velada por el lento humear de las hierbas y las semillas. Y en medio, la lucha desesperada de una mujer por respirar. La mirada salvaje y atormentada de mi hermana cuando llevábamos un brasero tras otro de ascuas ardientes a la habitación de Ibu y nos cruzábamos en silencio. Y, por supuesto, la sangre palpitando en mis muñecas.

En mi recuerdo también la esperanza tiene una forma muy concreta, la de una figura, una figura encorvada junto al cuerpo tendido de Ibu. Oh, tan poderosa que su fuerza parecía irradiar de sus manos, empapar sus ropas, girar a su alrededor... Ojalá hubieras podido ver a Nenek entonces. Muy despacio, rítmicamente, aplicaba sus ungüentos caseros sobre el pecho de su hija mientras cantaba a los espíritus, suplicando en su dialecto nativo, engatusando, a veces amenazando. Prometía hacer ofrendas y sacrificios. Yo no tardé en convertirme en apóstol de esos cantos extraños, medio suplicantes, medio imperativos. Con el resplandor de cada relámpago que encendía el cielo empapado, también yo imploraba.

*No pronunciéis su nombre por la noche, por la noche no.*

*Oh, poderosos espíritus, os di la bienvenida a mi casa.*

*Si os he herido, perdonadme, sed amables.*

*Aceptad mis ofrendas, oh, poderosos.*

*No toméis lo que no es vuestro.*

*No mostréis vuestra ira.*

*Oh, dejadme a mi hija.*

*Dejad que viva un día más.*

*No pronunciéis su nombre de noche.*

*No pronunciéis su nombre esta noche.*

A pesar de la feroz determinación de su madre, las pequeñas manos de Ibu, decoradas con henna, permanecían inmóviles; en sus ojos silenciosos y sufridos no había esperanza. Era como una niña hermosa y frágil a la que casi habíamos perdido. A veces la movíamos para que besara los anchos pies de su madre, extendidos como un abanico. Suavemente, ella apoyaba la mejilla en ellos como

si fueran una almohada. Sí, estaba agotada. Con dulzura, sin aliento, tranquilizaba a su madre: «Lo que dejo atrás no es más que una vestidura, madre. Deja que mi alma se vaya».

Estas razonables palabras solo servían para azuzar más a Nenek, que suplicaba a los espíritus tan lastimeramente que tenían que escucharla. Mi hermana y yo debíamos quedarnos sentadas en el oscuro umbral, viendo con reverencia la inmensidad del amor que había en aquella pequeña habitación, conscientes de que la noche trataba de llevarse lo que era nuestro. ¿Y si perdíamos a Ibu durante la noche? ¿Y si en un momento de debilidad perdíamos la batalla? Fuera, el viento aullaba incansable.

Al amanecer, cuando los gallos de padre cantaban mi hermana hacía ya rato que se había acurrucado contra la pared, vencida por el sueño; yo estaba ronca, o me había quedado sin voz de tanto suplicar. Solo entonces podía sentirme aliviada. Solo entonces, a través del humo, se volvían los ojos de Nenek con expresión salvaje y triunfal para encontrarse con los de su cómplice, yo.

Incluso en la oscuridad habíamos conseguido arrebatarse su presa a la muerte. Una vez más. La muerte, que no era lo bastante fuerte para luchar contra Nenek y contra mí juntas. Habíamos plantado un nuevo día para que Ibu pudiera seguir renqueando. Nenek se levantaba sosteniendo en la mano la cáscara de coco que le servía a Ibu de escupidera; dentro había una mezcla de cenizas y flema verde amarilla. Yo me ponía en pie, mareada de emoción, e iba a reclamar el asiento del vencedor, el lugar de donde Nenek acababa de levantarse. Tocaba con suavidad la pálida mano de madre y esta se cerraba débilmente en torno a la mía. Ella cerraba los ojos y abría la boca, para decir gracias, tal vez, pero yo no le dejaba. «Chis —le susurraba—. Chis», y toda la ternura del mundo temblaba en mis labios. Lo recuerdo como si fuera ayer. Aquella calidez. Lo especial que era el lugar que Nenek acababa de dejar. Junto a Ibu, que, pobrecita, me sonreía con tristeza, valientemente, y sobrellevaba un nuevo amanecer.

Ibu, dolorosamente tímida y reservada, pasaba los días casi en